

El dios de la tierra

El código del coloso

Autor:
Alberto José Castrillo Palma

© 2026 Alberto José Castrillo Palma

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Primera edición Impresa: 2026.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin autorización previa y por escrito del autor, salvo las excepciones permitidas por la ley.

Contacto: alberdante@gmail.com

Índice

CAPÍTULO I	1
CAPÍTULO II	3
CAPÍTULO III	17
CAPÍTULO IV	22
CAPÍTULO V	27
CAPÍTULO VI	33
CAPÍTULO VII	39
CAPÍTULO VIII	47
CAPÍTULO IX	55
CAPÍTULO X	60
CAPÍTULO XI	67
CAPÍTULO XII	72
CAPÍTULO XIII	84
CAPÍTULO XIV	88
CAPÍTULO XV	94
CAPÍTULO XVI	100
CAPÍTULO XVII	104
CAPÍTULO XVIII	110
CAPÍTULO XIX	120
CAPÍTULO XX	124
CAPÍTULO XXI	131
CAPÍTULO XXII	136
CAPÍTULO XXIII	142
CAPÍTULO XXIV	154
CAPÍTULO XXV	160
CAPÍTULO XXVI	162
CAPÍTULO XXVII	168
CAPÍTULO XXVIII	175
CAPÍTULO XXIX	179
SOBRE EL AUTOR	191

*Dedicado a lo que duerme bajo la tierra:
a la escritura que no pertenece a ningún tiempo,
a los signos que resisten el olvido,
y a ese misterio que espera siglos
hasta encontrar manos capaces de leerlo.*

**“Hubo una raza nacida del rayo y que vino del cielo
para combatir en la tierra y que fue como su rica
substancia”**

Popol Vuh

Capítulo I

Un año ya, y continuaba sin empleo. La casa de mi padre era como una prisión donde yacía sin más tarea que el infernal aburrimiento. Mi paciencia se colmaba. Mi título universitario, junto a dos diplomas de especialización, ocupaba una de las paredes de la sala como símbolo de mi victoria académica, y a la vez, de mi decepción como profesional desempleado, repleto de teorías y sin acción.

Graduado como ingeniero en Geología y con postgrado en Mineralogía, me sentía el más inútil de los hombres. Hasta el perro de la casa tenía un trabajo. ¡Maldita sea! No entendía mi inercia laboral. Claro, mi apellido era parte del montón (un Pérez más), y mis amigos no eran de la masa afortunada del país. A esto agregaba la falta de campo de acción para mi profesión. La explotación minera en el país había decaído, como todo.

Estaba distendido, odiando mis esfuerzos pasados: noches en vela, privaciones juveniles, y para colmo, la vergüenza de vivir de la mísera pensión de mi padre; un anciano que apenas miraba su nariz, a causa del trabajo en las minas; y mi madre, prácticamente inanimada por dos embolias cerebrales.

Mi viejo me decía: “Tené paciencia, todo viene a su tiempo...” Pero sus palabras no me llenaban, como tampoco el arroz y los frijoles de todos los días. Lavar platos. No quería lavar platos. Hasta pensé quitarme la vida en un par de ocasiones.

A punto me encontraba de aceptar un trabajo ajeno a mi profesión, que me proveería un salario poco menos que ridículo, cuando una mañana me visitó el rector de la universidad, con quien había forjado fuertes lazos de amistad por mis destacadas participaciones en jornadas académicas.

Grato día aquel, porque de no ser por mi miedo a la muerte, no hubiese sido parte de las aventuras que en lo sucesivo relataré. Recordar me llena de júbilo, aunque me sentí el ser más insignificante de la tierra, una gota en el mar, algo siempre me sostuvo.

Mi amigo me llevó la noticia de un empleo temporal en un proyecto de investigación geológica. Sin embargo, aquello venía con sus inconvenientes. Tenía que viajar a México y estar expuesto a condiciones rudas, según me explicó.

El trabajo sería en zonas inhóspitas, pero rápidamente asimilé todos los inconvenientes como una bendición del cielo; lo primordial era desempeñarme en mi profesión por la que había dado tanto sacrificio, así que no vacilé en dar un sí.

En realidad, las explicaciones acerca del trabajo fueron someras. Se limitaron únicamente al sitio y a lo que él suponía sería mi labor. La información de que disponía era poca. Él fue contactado por un viejo colega suyo de la época en que vivió en México, durante la revolución. Éste le solicitó que recomendara una persona para un estudio de factibilidad mineralógica. Así empezó esta aventura de la que hoy doy cuenta.

Tomé providencias en el caso y traté de resolver algunos asuntos personales. La información que tenía daba pie a no pertrecharme excesivamente, ya que todo se me daría en el lugar. Los días se hicieron largos, entre preparativos y las constantes recomendaciones de mi padre. Aún no dejaba de sorprender semejante oferta, pero debí asumirla como una fascinante realidad.

Siempre había maldecido el refrán que dice: “Nadie es profeta en su tierra” y de nada sirvieron mis constantes devaneos cerebrales tratando de imaginar lo que hubiera sido mi futuro de haber escogido otra carrera, porque de sobra había comprobado que detrás del volante de muchos taxis había administradores, contadores, ingenieros y hasta políticos fracasados.

Cierto o no el refrán, los dados habían sido lanzados por mano ajena a mi favor, no podía más que aceptar lo que fuera, donde fuera y como fuera. México me esperaba, y atrás quedarían, por no sé cuánto tiempo, madre, padre, guitarra y patria.

Capítulo II

Dos semanas después estaba rumbo a México, solo con una carta que decía, en medio de un vago blablá, “Trabajo de Mineralogía” y el nombre de la persona que me recibiría en la ciudad.

A las siete de la noche estaba en el DF. En el aeropuerto encontré a mi contacto, portando un cartel con mi nombre y apellido.

Sin mucho protocolo nos dirigimos a un hotel de lujo, y sin decirme más que unas cuantas palabras me llevó a mi habitación. “¡Diablos! Sí que va en serio esto”; –Pensé. Quise dormir, pero fue imposible. Me excitaba estar en un país extraño, cuna de una de las civilizaciones que más disfrutaba leer.

A la mañana siguiente me despertaron con golpes en la puerta. Eran las seis. Me levanté, abrí y vi la cara de mi contacto. Me dijo que me vistiera pronto porque debíamos partir. En las afueras nos esperaba un vehículo con dos personas más, entre las que distinguí a un extranjero de tez aria.

En el camino, mi contacto y el chofer iban en silencio, pero el extranjero conversó conmigo en perfecto español, y se presentó como Steven Dunsay, encargado de orografía, y se puso a mi servicio con estilo caballeresco. Yo también me presenté y pregunté hacia dónde nos dirigíamos.

—Nos dirigimos a Santa María del Oro, en la Sierra Madre Occidental —dijo Dunsay sonriendo.

Seguido, agregé detalles geográficos de la zona. El sitio estaba ubicado entre Culiacán, Durango, Torreón y el volcán Chorreras.

La zona contenía vastos yacimientos de Oro y Plata, un “AO” como se suele decir, y éramos un grupo de avanzada para recopilar datos de la región: el relieve, la topografía, el clima, en fin, un estudio de factibilidad para medir el esfuerzo técnico y administrativo necesario para la explotación. Por lo que supe, éramos los últimos en llegar, ya que se encontraban en el sitio una docena de profesionales más.

Entrando en confianza pregunté por el clima, porque siempre el frío me ha puesto pendejo, pero al parecer este no era tan endemoniado a pesar de estar a unos doscientos cincuenta kilómetros de la costa del pacífico, sobre una cordillera con casi dos mil metros sobre el nivel del mar.

—¡Ja, Ja, Ja! ¿Pendejo? Entonces todos mis paisanos son brutos. En Noruega, en el valle de Jostedal, donde nací... hay inviernos entre 10 y 15 grados

bajo cero a veces, mucho menos. Pero nada como mi Irlanda... —dijo en tono nostálgico.

Steven Dunsay sonrió repitiendo un par de veces la palabra pendejo y luego me habló de Noruega e Irlanda con cierto fervor patriótico, sintiéndose pertenecer a ambos y yo sin saber a cuál. Pregunté de dónde era:

—Una vieja historia —dijo, y terminó la frase diciendo: —*Maidin is tús an lae*. —murmuró mirando al cielo—. La mañana es el inicio del día.

Al fin, luego de un viaje tedioso de dos días llegamos a Santa María del Oro, rodeada de montañas rocosas con leves vestigios de vegetación; sin embargo, en las faldas de los picos, la verdura era considerable. El Chorreras se presentó como un soberbio espectáculo que me recordó al Momotombo. Por lo demás, me sentía decepcionado. El señor Dunsay me había mentido. El frío era endemoniado y la noche auguraba ser peor, al menos para mí, acostumbrado al calor de mi tierra.

La tarde de nuestra llegada no se nos importunó con trabajo; descansamos a pierna suelta, luego de comer carne enlatada (de cerdo, supongo) con frijoles, tortillas y café negro.

Al día siguiente, al alba, una ráfaga de bruma fría me despertó con los vellos afilados. Me levanté retorciéndome del frío, y luego de enjuagarme manos y cara con agua que me pareció cristales afilados, me arrimé a una fogata que se extinguía, alrededor de la cual había unos hombres con pinta de obreros y rostros serios. Compartí el fuego en silencio y luego vagué un poco.

A eso de las seis de la mañana, luego del desayuno, el ingeniero en jefe nos convocó a la primera reunión la cual se sostuvo dentro de un remolque que tenía una mesa llena de rocas volcánicas. Tomamos asientos, y nos puso al tanto de los trabajos que llevaríamos a cabo, dándome la sensación de que el único desinformado era yo. Luego cada cual tomó su puesto.

Me encaminaron hasta un remolque, donde se encontraban los materiales de los que dispondría para mi labor. Me entregaron un inventario y procedí a verificar las existencias. Aquello era de lujo, aparatos que había visto solo en fotos. De inmediato supe que los inversionistas no eran gente de tres pesos. Se trataba de algo de grandes dimensiones logísticas.

Frente a esos aparatos, saltaba como pequeñuelo con juguete nuevo. Cuando fui estudiante siempre deseé hacer uso de ellos, y justo para mí placer, había un detector de metales *TM-93* útil para precisar el tamaño y la masa del

campo detectado. ¡Diablos! Cómo me alegré con toda aquella tecnología avanzada.

Sistema DMT Summit de Telemetría Sísmica Distribuida leí en una caja, y cuando aún no salía de mi ignorancia, llegó el señor Dunsay para ampliarme detalles del aparato. Se trataba de un lector de movimientos terráqueos, de reflexión y refracción, una especie de tomógrafo por así decirlo. El resto eran tres computadoras, una caja de software para obtener perfiles sísmicos, entre otras cosas. Un paraíso logístico para cualquier ingeniero geólogo.

Nos adentramos más en la bodega y nos topamos con un monitor de vibraciones. Luego de revisar todo, mi intuición me decía (por la presencia de ciertos equipos), que esto distaba mucho de lo que realmente requería la investigación mineralógica, máxime, por la presencia de personal ajeno a la labor, como el arqueólogo, aunque esto podía ser necesario ya que las leyes de algunos países exigían su presencia en excavaciones o movimientos de tierra, por el posible hallazgo de piezas precolombinas. Sin embargo, mi espíritu no me dejaba en paz.

La información que manejaban era que íbamos a explorar bancos de oro y plata; pero, algo raro sucedía, porque todos actuaban con naturalidad, sabiendo de antemano las tareas a realizar. Yo era al único que daban directrices.

Luego que salí del almacén, el ingeniero en jefe me presentó un análisis de desviación de ondas de choque y otro con las medidas de los campos gravitatorios y magnéticos de la zona. ¡Al fin estaba en las grandes ligas de la geología!

Analiqué los informes, pero mi mente estaba ofuscada de preguntas, y presté poca atención a los signos que contenían. De pronto, fuertes golpes que hacían vibrar la tierra me sacaron de mi atontamiento. Dunsay me dio unos protectores de oído y me indicó que lo siguiera.

Mientras caminábamos a través de una colina, cada golpe lo sentía como una descarga de energía. Atravesamos la colina y luego de una extraña formación rocosa, llegamos a un precipicio. Calculé 20 metros de ladera, con una inclinación de 45 grados (tenía la manía de calcular todo). En lo profundo había un enorme camión *Vibroseis*, que no era más que una mole hidráulica que estrellaba a intervalos una gigantesca y pesada plancha de acero contra el suelo.

Las vibraciones sísmicas eran producidas por este armatoste. Según me explicaron, estas ondas que eran procesadas por geófonos determinarían la estratigrafía del suelo. El señor Dunsay y yo bajamos hasta el sitio a una distancia prudente de los impactos. Los protectores auditivos poco amortiguaban las embestidas del acero contra la tierra.

Terminada la prueba, el Ingeniero Escobar, encargado de perforación, me entregó un mapa de superficie de afloramientos de lechos sedimentarios, junto a notas que describían las características geológicas del subsuelo, e información de los ensayos de laboratorio aplicados a testigos de roca. Esto debía dar por sentado el perfil exacto de la zona.

En lo que leí, no había datos que confirmaran la existencia de yacimientos de oro, plata, cobre, carbón, gas, petróleo o tiza. Nada. Solo simples descripciones de resistencia, composición y deformación. Una estratigrafía que nada de singular tenía en comparación con los suelos que ya había estudiado.

Mentalmente concluí que era más probable que hubiera oro o plata en la tierra de mi cuello. La mayor parte del subsuelo era basalto, y la superficie se componía de vetustos amagos de arcilla, limo y arena.

El ingeniero Escobar debió observar mi rostro de confusión; se acercó y dijo:

—No se inquiete por los resultados, en unos instantes tendremos los informes de los geófonos. Pero que ahí hay algo, lo hay... téngalo por seguro... por mi madre que sí...

Asentí con la cabeza y continué observando los informes. Hubo algo que llamó mi atención: en uno de los perfiles, el subsuelo mostraba una pequeña depresión en la tercera capa de la estructura geológica, lo que me hizo pensar en una falla sísmica o algo similar, que se proyectaba al interior. Poco después olvidé mi razonamiento.

Aún estaba con los oídos entumecidos por las vibraciones, cuando un muchacho, con cara de ratón de biblioteca, me extendió un par de hojas que contenían información de los geófonos.

La prospección sísmica reveló claros detalles de la estructura de las capas subterráneas. El gráfico construido dio información de la profundidad de la capa rocosa y su fracturamiento, vital para calcular la potencia necesaria de penetración. El lecho rocoso estaba compuesto de un manto andesítico cubierto de aluviones.

Se calculó, basado en los datos, que su profundidad era de 20 o 25 metros. Este dato hizo sonreír a Escobar (imaginaba sus perforadoras sobre la textura de una mantequilla en liquidación). Aunque yo siempre mantenía en cuenta una frase de mi más notable y sabio maestro: “La tierra suele dar sorpresas”.

Casi al anochecer, llegó un vehículo con cuatro sujetos que portaban camisas con el emblema de la empresa. Se acercaron a Dunsay y él los dirigió a

mí. Saludaron fríamente y me dieron un informe de un estudio de prospección geoquímica en un radio de dos kilómetros.

Lo raro era que Dunsay no daba crédito a estos informes, lo que me pareció poco profesional sabiendo la importancia de estos datos, ya que eso podía darnos indicios de la exactitud de los yacimientos. Supongo que él notó mi inconformidad y me dijo sonriendo:

—Si te preguntas si buscamos algo... la respuesta es sí. Ahora, si es oro o plata, depende...

—¿De qué depende? No me hable con rodeos... ¡Así no puedo trabajar! —le dije con claras muestras de confusión.

—Tranquilo nica... depende de lo que encontremos... —me respondió sonriendo.

Luego se alejó dejándome más confuso que antes. Me quedé analizando la información y pude comprobar que en la región no había posibilidad de yacimientos de oro o plata.

Los resultados no brindaban información sobre elementos exploradores como asbesto, cobalto, telurio, manganeso, flúor, bismuto, selenio, mercurio o talio, nada, no había nada que indicara su presencia, así que me volvió la pregunta: ¿Qué demonios buscamos? O mejor dicho ¿Qué buscaban? Porque lo que yo buscaba ya lo había encontrado: un trabajo.

Estaba sumido en mis pensamientos cuando a lo lejos, escuché dos helicópteros sobrevolar la zona. La desinformación me martirizaba. Era extraño, algunos de los empleados tenían más de militares que de mineros. O estaba viendo cucarachas en moto o en realidad había gato encerrado. Muchos gatos encerrados. Los helicópteros pasaron con gran estruendo.

Casi a las ocho, llegaron vía Internet una docena de fotos aéreas. ¡Lo supuesto! Usando lentes anaglíficas tampoco pude encontrar posibilidades de un depósito mineral, aunque Dunsay y Escobar no parecieron sorprendidos con los resultados, como si ya lo supieran.

Un anexo del informe geoquímico contenía los resultados geozoológicos y geobotánicos. El primero se hizo, analizando granos de termitas y hormigueros ubicados en la zona, y el segundo, utilizando fotos infrarrojas e imágenes multiespectrales de la vegetación local. Resultado: nada, ausencia total de vetas de oro o plata.

Claro, estos métodos podían clasificarse de poca monta y veracidad científica, ya que suelen ser viciados por agentes exógenos en el ambiente, pero al menos, lo que el adulto razonable no afirma, el niño inocente debería balbucear. Recordé la frase de mi maestro: “La tierra suele dar sorpresas”, por lo que me limité a esperar.

Olvidé mis confusiones y empecé a saborear mentalmente lo que haría con mi sueldo. Eso y el hecho de relacionarme con tanto equipo sofisticado y con profesionales de gran intelecto, me mantenía firme en mi propósito de llegar al fin de la meta, hasta donde fuera.

Pero aún tenía ese halo de incertidumbre rodeando mi cabeza. Debo agregar el comportamiento sospechoso que Dunsay, Escobar y otros mostraban conmigo. Durante todo el día, se reunieron en secreto más de tres veces sin tomarme en cuenta. Me suponía parte importante del proyecto y por eso sentí un poco de enojo. Tenía que esperar, así que seguí sumido en mis análisis.

Por la mañana, recibimos imágenes satelitales de la región y estas no mostraban asociaciones con depósitos minerales AO. Tampoco mostraban la presencia de minerales de alteración tales como sulfatos de alunite (sulfato de potasio y aluminio) y jarosita (sulfato de Fe^{3+}) o de minerales arcillosos como dickita, caolinita y pirofilita, que se encuentran en un noventa por ciento en depósitos de oro y plata. Esto era coincidente con los resultados de la espectrografía, basados en las pruebas efectuadas a diferentes testigos de la zona explorada.

De nuevo se confirmaba que en la zona no había lo que buscábamos, ni siquiera cobre, así que mi pregunta seguía en pie: ¿Qué buscamos? Por su parte, Dunsay, Escobar y los otros se retiraron a charlar en secreto.

Pasaron cuatro horas luego del análisis de las imágenes, tiempo que aproveché para recordar a mi familia. Eran casi las dos de la tarde, cuando Dunsay se acercó con su peculiar sonrisa y me dijo:

—Venga... ya es tiempo de que se entere de todo...

¡Sabía que algo me ocultaban! Cuando el río suena, piedras trae. Pensé.

En el camino me dijo que no tomara a mal nada de lo sucedido, que no había sido desconfianza, sino más bien para mi protección, o, mejor dicho, para la protección del proyecto. Luego guardó silencio.

Seguí a Dunsay a través de la colina y descendimos la ladera, hasta el llano en donde el *Vibroseis* había impactado su plancha una centena de veces.

En el lugar se encontraban el ingeniero Escobar, el chico con cara de ratón de biblioteca, el arqueólogo y dos sujetos que no habían estado hasta ese

momento en el campamento. Ellos hicieron un círculo y Dunsay empezó a hablar:

—Bueno señores... ya estamos acá. Todos nos conocemos, a excepción de este joven... él es Aguirre, el geólogo... Él es Mauricio Manelli, encargado de explosivos; el Dr. Suazo, historiador; el Dr. Bermont, arqueólogo; este joven timorato es Elvin, nuestro matemático; por supuesto, Escobar que ya lo conoces, y tu servidor, que soy algo así como el representante del dueño del proyecto. —movió la cabeza vacilante.

—Correcto... todos presentados. Pero señor Dunsay por qué... —pregunté algo contrariado.

—Sí, sí... tu pregunta es... déjame adivinar... ¿Por qué un historiador, un arqueólogo y un matemático? Bueno, sentémonos acá... —indicó unas sillas torpemente acomodadas—, Elvin, dame el documento... Gracias, tome Aguirre, y dígame ¿qué ve?

El documento al que se refería Dunsay era un pergamino —supuse— forrado con una gruesa carpeta plástica sellada al vacío.

Nada que mis conocimientos pudieran descifrar, solo símbolos, garabatos y un conato de mapa con señales igualmente confusas; en general, estaba escrito (si acaso era escritura) en tinta negra, al parecer con un utensilio de punta redonda y ancha.

Algunas líneas estaban borradas aquí y allá, seguramente por el tiempo, que carcomió algunos de los símbolos.

Luego Bermont me dijo que se trataba de un códice cuya materia prima era desconocida, aunque creía que se trataba de piel de llama, pero el más tonto sabía que la llama era del extremo sur del continente, y pensar en una migración del códice hasta esta zona, no llenaba las expectativas científicas.

El códice había sido encontrado en Tula, estado de Hidalgo, en el templo de Quetzalcóatl. Este códice pertenecía al estilo del Codex Borgia. Los signos eran un lenguaje jeroglífico, pero al aparecer no tenía relación cronológica con el templo. Su escritura parecía poseer características aztecas.

A continuación, me entregaron otro códice. Éste representaba pictóricamente lo que el primero decía por escrito. Así me lo explicaron.

El asunto era complicado. Bermont hablaba y hablaba y yo no entendía ni la mitad. ¡Diablos! Podía descifrar espectros de colores mucho más complicados que esos atisbos de escritura, y no podía encontrarle la singularidad de armonía que él miraba en los gráficos. Hablaba acerca de la composición del colorido:

azul, verde, rojo, rosado y blanco, cada uno en su orden, y yo solo moviendo mi cabeza.

El primer pergamino hablaba de la celebración de una festividad en honor a su máximo dios, el que se suponía era Quetzalcóatl; luego, algunos símbolos daban indicios de la construcción de algo que podía llamársele una torre de babel; en suma, algo que les permitiera llegar al Mictlán. Ya casi al final, en la parte inferior del códice, se daban referencias de la construcción y del sitio exacto de la misma.

El segundo mostraba la celebración de una festividad con gráficas decoradas de rojo, azul y blanco en posición danzaria, más abajo, en el centro, la construcción del monumento y la finalización, y aunque la obra no se ilustraba, se apreciaban sacerdotes elevando la mirada al cielo.

¡Al fin lo entendía todo! Qué locura más grande. Toda la exploración, todo el dinero, y la gama de mecanismos altamente precisos eran para desenterrar, lo que, según esos mustios y deteriorados vestigios de civilización, había sido construido por los Aztecas en honor a la serpiente plumífera, de la que por cierto tenía vagos conocimientos y poco interés.

Pero al parecer, para esta gente aquello no era una locura. Todo era posible y justificado tomando en cuenta que el culto a Quetzalcóatl fue en América como el catolicismo. Se propagó casi hasta alcanzar el punto medio de América del Sur.

A pesar de que los antiguos pobladores de América tenían tantos dioses como días tiene un año, para ellos siempre había una deidad regente de todo lo creado. Eso era Quetzalcóatl, el dios de los dioses.

Sin embargo, no había nada que diera por sentado que aquella construcción se había llevado a cabo; así lo exterioricé, provocando un comentario de Dunsay:

—¡Ay, mi amigo! Lo veo escéptico. Lo que sé, según explica Bermont y he podido investigar, es que ese dios era el supremo gobernante de la cosmogonía americana, y sus mandatos eran de irrefutable cumplimiento. La historia nos ampara ¿no es así? En la Biblia Dios decía: hagan un templo, y el templo se hacía. Dios decía: destruyan esa ciudad, y la ciudad era destruida, pese a que Israel era un enano ante los retos que se le imponían. Dios dijo: vayan a la luna y fuimos a la luna, ¿no es así? Ja, ja, ja.

Cuando Dunsay reía, era como estar oyendo a un loco de atar, y más con las cosas que decía, disparates ilógicos pero que en lo profundo iban cargados de intenso sarcasmo. Cada una de sus frases era un balde de agua fría que a más de uno hacía sonreír, aunque algunos parecían no tomar con buen humor sus ocurrencias un tanto irreverentes y vacías de respeto religioso.

Por su parte, Bermont reaccionó de forma grosera a mi comentario:

—Respondiendo a su inquietud, joven, podemos estar seguros de su existencia por las pruebas de ingeniería, matemáticas, temeridad, arrojo y todo un sinnúmero de virtudes y adelantos que estos pueblos poseían; tanto así, que muchas construcciones de gran magnitud se han encontrado por doquier; mire, yo no estoy para convencer a un chibolo de que la construcción es un hecho o no, sino para ponerlo al tanto de todo. Ahora bien, sus conocimientos deben limitarse a su campo de acción, no a cuestionar lo que individuos de mayor bagaje intelectual han descubierto.

Escobar me hizo un gesto como para que mantuviera la calma. Dunsay, al ver que la conversación giraba rumbo a una riña científica, medió con su carácter jovial:

—¡¡*Críost!!* Por Dios señores, dejemos de discutir, el caso es que ya estamos aquí, y sea que hallemos algo o no, debemos trabajar en equipo. Ahora, lo bueno es que ya hemos localizado el sitio, precisamente éste en donde estamos discutiendo como niños.

Dunsay sabía que las pruebas confirmaban que no había depósitos minerales de oro o plata, aunque solo fuese en esa porción, porque las zonas aledañas aún contenían grandes depósitos. Los resultados decían que solo había roca en las capas internas, con gran contenido de basalto.

Aquello era como estar hablando de sal en el mar. Claro que tenía que haber basalto, qué de raro había, en una zona a pocas millas de un volcán que había tenido actividad en el pasado, ¡Era lógico!

Sin embargo, Dunsay agregó que el basalto no estaba esparcido como un puñado de arroz que se arroja al viento, tenía cierta simetría. ¿Simetría? Pregunté.

De lo anterior se concluía, que lo que estuviera bajo tierra, se había construido con basalto, no solo por ser abundante, sino también por su fácil manejo. Además, para Bermont, las construcciones destinadas al culto y adoración de los dioses estaban hechas en su mayoría de basalto, por ser una roca ígnea, a la que le atribuían poder divino, ya que las erupciones volcánicas eran asociadas a la ira de los dioses; incluso, los volcanes eran considerados las puertas a lugares sagrados donde los dioses habitaban. Algunos volcanes eran considerados dioses. Por tanto, la lava era divina, así como algunos pueblos creían que el oro era el excremento de los dioses.

Finalmente, entramos a mi campo. Hablamos del espectro escaneado en la imagen satelital, donde se apreciaba una formación basáltica peculiar, algo que no podíamos atribuir a la naturaleza. Pero para estar seguros, se procedería a realizar un rastreo magnético de la zona, aprovechando que el basalto está compuesto por minerales relativamente ricos en hierro y magnesio.

El rastreo nos permitiría saber el sitio exacto donde se perforaría y tener una perspectiva más definida de lo que se desenterraría. Pero como aún continuaba incrédulo, pregunté:

—¿Y si no encontramos nada?

—Entonces... todos a sus labores cotidianas. Una vez terminado este trabajo, usted y todos los demás ocuparán puestos en la compañía... bueno, el nombre es para después. Así que nada está perdido: con o sin hallazgo serán parte del equipo. Estarán bien pagados y, sobre todo, gozarán de un alto prestigio en la comunidad mineralógica.

Con esas palabras se dio por terminada la reunión. Luego, sin movernos del lugar, Dunsay llamó a través de su teléfono: —Ya estamos listos, pueden venir —y dos minutos después, dos vehículos llegaron con tres personas cada uno.

El ingeniero Escobar, le dio un mapa topográfico de un área de 650 metros cuadrados e indicó a uno y otro grupo los sitios donde debían realizar el rastreo magnético con seguidores de línea, usados para la detección de caños y cables metálicos; sin embargo, según supe, los aparatos estaban modificados específicamente para el proyecto, equipados con mayor intensidad. En resumen, detectaban una limadura de hierro a veinte metros de profundidad.

Cada grupo dividió sus actividades. Dos portaban cada uno un detector, uno iba adelante, mientras el otro confirmaba la lectura; más atrás el tercero colocaba un mojón, para delinear el curso y cerrar el circuito. Los mojones no eran cualquier pieza de fundición o de carpintería, eran metálicos con una punta a un extremo y una pequeña bombilla en el otro.

Cerca de las seis de la tarde quedó cerrado el circuito. Desde donde estábamos, la panorámica no daba indicios de una forma en particular así que subimos el precipicio para tener una perspectiva clara de lo trazado. A las seis y media de la tarde, todo estaba totalmente oscuro.

Dunsay sacó un aparato de control remoto de su bolsillo:

—Veamos qué nos dejaron sus ancestros para divertirnos.

Apuntó al sitio y presionó un botón azul con un gesto de teatralidad.

¡Fantástico! —exclamó visiblemente emocionado.

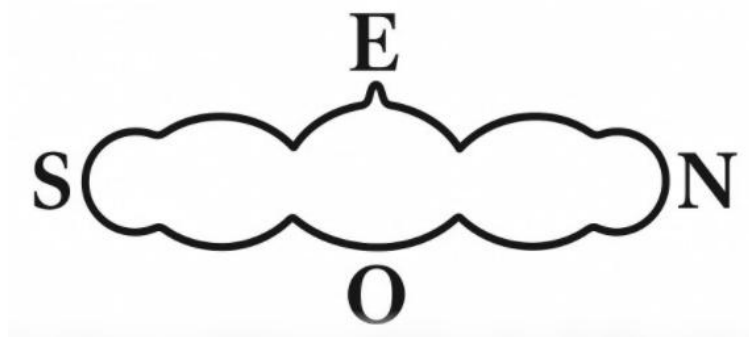
Al accionar el interruptor, se encendieron las bombillas de los mojones. Había tanta tensión que todo parecía transcurrir en cámara lenta y las luces se encendieron en efecto dominó. Hasta que todo se iluminó, me pareció que habían pasado minutos.

Una vez encendidos, pudimos apreciar claramente una forma simétrica. En general, era como un rectángulo, aunque presentaba algunas irregularidades, pero aún estas, una respecto a la otra eran simétricas y justo en el centro había un pequeño pico redondeado, como una saliente.

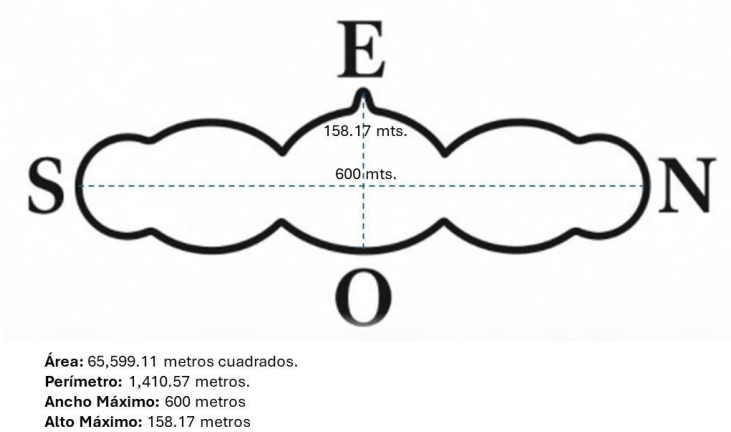
Nos vimos obligados a salir de nuestra enajenación, ya que era necesario tomar el asunto desde un punto de vista técnico y científico, y yo en lo particular, olvidé el oro y la plata y me adentré en las especulaciones con enardecido entusiasmo.

Sin perder nuestra posición, comenzamos con ayuda de un mapa topográfico a establecer la posición del circuito con respecto a los puntos cardinales: El área se encontraba 200 kilómetros al Oeste de Culiacán, 183 Kilómetros al Este de Torreón, 62 Kilómetros al Sur del volcán Chorreras y 223 Kilómetros al Norte de Durango, colindante con las zonas mineras de Maneceví al NE, Topia al SE, Santa Bárbara al NO, y con el río San Pedro Mezquital por el punto Este.

Minutos después llevaron el gráfico del circuito dibujado por la computadora gracias a los mojones que transmitieron la información a través de sus antenas.



Al poco tiempo llegaron los resultados de las medidas trazadas por el láser de los mojones. La computadora calculó la distancia entre las fuentes de emisión y destino. El resultado final fue este:



A las nueve de la noche dimos por terminadas las pruebas *in situ*. Nos dirigimos al campamento y sin hacer caso a los estómagos que rabiaban de hambre, nos concentramos en el estudio del perímetro, a fin de desentrañar el misterio gráfico que teníamos ante nuestros ojos.

Era imposible a simple vista, darle una forma lógica, asociada a algún tipo de construcción. Sin embargo, tanto Bermont como Suazo, se lanzaron en la barca de la imaginación, no sin antes entablar una fuerte batalla de opiniones, definiciones y conocimientos, cosas que solo ellos entendían.

Luego de unas horas, llegaron a una conclusión y tomando una de las copias del gráfico, elaboraron la siguiente imagen:



Una vez que trazaron lo que sus mentes habían arrojado a luz, colocaron la imagen a la vista de todos, mostrando en sus rostros sonrisas estúpidas. Yo me sentí contrariado y al parecer Dunsay también:

—¿Y qué debemos suponer que es eso? —dijo Dunsay profundamente confundido.

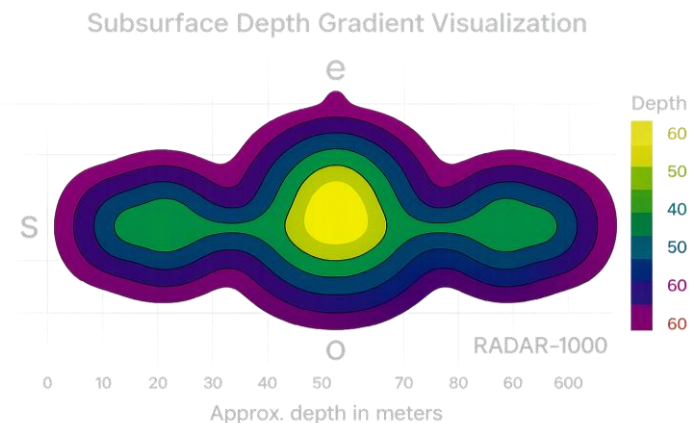
—Luego de meditar, estamos seguros de que dicho perímetro es la silueta de una construcción indígena... —respondió Bermont.

—¡Maravilla de la lógica! ¡*Smaointe!* ¡*Smaointe!* Ideas, Ideas... Señores... es precisamente lo que sabemos que hay, la idea de tanto cálculo y prueba es saber qué es con certeza; claro, antes de poner en marcha el mecanismo de excavación... —interrumpió burlesco Dunsay, que gustaba contrariar a los expertos.

Bermont se dio cuenta que Dunsay estaba perdiendo la paciencia, así que procedió a explicar con más detalle. Según sus análisis de forma y dimensiones, estaba seguro se trataba de una estructura con escalinatas. Esto concordaba con las construcciones escalonadas que aquellas civilizaciones habían dejado para la posteridad.

Sus suposiciones lo llevaban a afirmar que la elevación no era demasiada como para tratarse de una pirámide; además, la forma del perímetro lo hacía difícil de concebir, pero no imposible. El espectro satelital que indicaba la profundidad de la señal magnética confirmaba que la estructura era de poca alzada, por lo que estuve de acuerdo con la teoría. El perímetro debía ser plano o uniforme en su relieve luego de la tercera o cuarta franja. Supuse.

El resultado espectrográfico tenía esta apariencia:



Sin embargo, aún no teníamos una idea clara de lo que representaba, y Dunsay que había sido el más paciente hasta ese momento, terminó por exasperarse por la lentitud de los resultados.

—¿Pero ¿qué diablos es eso? —dijo mirando con desprecio la imagen.

Bermont, ignoró a Dunsay y pidió media hora para trabajar más a fondo en su idea, pero Dunsay decidió que debíamos dormir; ya eran más de las doce de la noche y estábamos cansados. Así que sugirió que trabajasen toda la noche y que a las nueve de la mañana nos reuniéramos para continuar con esa lluvia de teorías.

Antes de ir a mi champa, un extraño sentimiento de curiosidad hizo que me encaminara al perímetro. Tuve que hacerlo con sigilo, porque cuando caía la noche, algunos obreros se transformaban en militares, con atuendos que me parecieron demasiado reales y con armas en mano, vigilaban todo el campamento hasta un poco más allá.

Por suerte, el sitio era tan enorme que no daban abasto y los intervalos sin vigilancia me permitían pasar frente a sus ojos sin ser visto. Al fin, llegué al perímetro y no se me ocurrió más que pararme en la intersección de los haces de luz, y ver al cielo. En ese momento no supe si por cansancio o confusión en mi mente, vi en el cielo tres lucecitas que revoloteaban a altas velocidades, produciendo un sonido leve y casi musical cuando se ponían en movimiento. Traté de seguir al menos una de ellas con la vista, pero fue imposible. A veces se cruzaban, se distanciaban y volvían a reunirse en un mismo punto, destellando una luz intensa de múltiples gamas. Cuando desaparecieron me fui a mi champa, a dormir.

Sobre el autor

Alberto José Castrillo Palma es escritor nicaragüense. Ha publicado poesía y narrativa en distintos espacios literarios. Publicó en coautoría el libro de cuentos Grito de Nuevas Voces, de la organización Camino Cultural. Ha sido mencionado en la antología de cuentos cortos de Edgar Escobar Barba (q. e. p. d.) y ha publicado en la revista cultural nicaragüense Horizonte de Palabras.

Libros Publicados:

- 1- Informe Humanidad
- 2- El diario de un solitario
- 3- Alas Negras - Cuentos
- 4- Lapsus Homo - Poesía
- 4- Enciclopedia de una memoria inestable - Poesía